

Red Privada

★ Para no Olvidar
★ Testigos Denuncian

Por MANUEL BUENDIA

Si "la mona aunque se vista de seda, mona se queda", los grandes simios del cono sur no escapan a esta sentencia de la sabiduría popular, pese a vistosas aplicaciones de maquillaje político dirigidas por expertos norteamericanos.

El caso de la junta militar que detenta el poder en Argentina y que aún está presidida por el general Rafael Videla, sería el más notable en los ardides para disfrazar la verdadera naturaleza de ese régimen. Habrían pedido llevar confusiones al ánimo de ciertas personas —causando, inclusive, divisionismo en las filas de los exiliados—, pero no a toda la opinión internacional; ni siquiera a los sectores mayoritarios.

Ante las pretendidas "aperturas" y supuestos "diálogos" que ofrece la junta militar, surgen testimonios irrecusables de la brutalidad del régimen, de la existencia de campos de concentración y tortura a prisioneros y de una sistemática actividad asesina de los cuerpos represivos: militares, paramilitares y policíacos.

En esta y las ediciones de miércoles y jueves ofreceremos resúmenes de los testimonios que rindieron a Amnistía Internacional dos evadidos de los campos secretos para prisioneros políticos en Buenos Aires. Estuvieron secuestrados 15 meses: de noviembre de 1977 a febrero de 1979. Amnistía Internacional ocupó el resto de ese año en verificar dato por dato las declaraciones de ambos; finalmente, en enero de 1980, los documentos fueron dados a conocer en Londres por el presidente de esta organización de salvamento y denuncia. La sección mexicana de

Amnistía Internacional puso en manos del columnista una versión en español: más de sesenta cuartillas, que incluyen descripciones minuciosas de los lugares de detención, al extremo de describir color, manchas y textura de las paredes de los calabozos, distribución de los edificios, acciones de los torturadores, etcétera.

Especial importancia se atribuyó a la información que los dos testigos pudieron dar sobre otros 330 prisioneros que figuraban en una lista de 2,500 "desaparecidos" que Amnistía Internacional hizo pública en junio de 1979. Aunque la junta militar se negó a dar informes sobre el paradero de dichas personas, ahora existe la prueba testimonial de que por lo menos 330 de ellas sí ingresaron en las prisiones secretas del señor general Videla. Desdichadamente también se adquirió la certidumbre de que la mayoría de esos prisioneros fueron asesinados, porque se les aplicó "transferencia", palabra que en el siniestro lenguaje de los carceleros no quiere decir traslado de una prisión a otra, sino la desaparición de las víctimas; les aplican una inyección, los suben a un camión, los llevan a un aeropuerto militar... y minutos después agradecidos tiburones se dan un nuevo banquete de carne humana.

Martin Ennals, secretario general de Amnistía Internacional, dijo en la presentación de los testimonios: "Relatan con cierto detalle lo que ocurrió a los 330 compañeros de prisión de los autores. Hubo 62 casos de excarcelación. En unos cuantos casos hubo pruebas definitivas de que un prisionero había sucumbido a las torturas, heridas no tratadas, de infecciones, o al suicidio. Nunca se informó a los parientes de las muertes, ni les fueron entregados los cuerpos para darles sepultura. Pero una cantidad enorme de prisioneros fueron "transferidos". De los detalles circunstanciales que se ofrecen en este informe tenemos motivos para concluir que en la mayoría de estos casos, las transferencias equivalieron a otros tantos asesinatos".

Oscar Alfredo González, de 30 años, obrero, casado y con un hijo de 6 años, y Horacio Guillermo Cid de la Paz, de 23 años, estudiante, casado y con un hijo de 2 años. Estos son los dos que sobrevivieron a todo y pudieron escapar; luego alzaron su voz frente a todo el mundo. Comienzan su testimonio con estas frases:

"Somos dos sobrevivientes de los campos de concentración argentinos. Escapamos al terror, a las 'transferencias' y a los 'destinos finales' que significaron la muerte de miles de nuestros compatriotas. En los campos compartimos torturas y castigos, hambre y soledad con otros 800 prisioneros, teniendo a la muerte como nuestra compañía constante".

El relato continúa así: "La comida era pésima: un plato de agua y fideos crudos, harina de maíz cruda, o pasta con entrañas sucias se nos distribuían dos veces por día. Algunas veces se les olvidó darnos de comer, o tal vez no tenían comida. Todos perdimos peso.

"Nos sacaban tres veces al día para ir al W.C. Los W.C. se encontraban a 30 ó 40 metros de las celdas. Nos llevaban en grupos de 10, en fila, cada uno de nosotros con sus manos en la espalda de la persona que le precedía. En la mayoría de las ocasiones nos era imposible hacer nuestras necesidades ya fuera porque nos golpeaban en el camino, o porque una vez llegados, nos ordenaban regresar a las celdas, o nos golpeaban cuando estábamos en el W.C., o sólo nos permitían dos o tres minutos para que el grupo de diez usara el W.C. Ahí nos daban una taza de agua, pero no la podíamos tomar. Estas eran las únicas ocasiones en que salíamos de las celdas. Una vez por semana se nos sacaba para lavarnos en los sitios donde se encontraban los W.C. Sólo había dos tubos con agujeros por donde pasaba el agua, para hacer las veces de regaderas. Nos hacían asearnos en grupos de ocho, y disponíamos de un minuto para lavarnos, salir del agua y secarnos.

Eramos de 100 a 140 y sólo había 5 ó 6 pedazos de tela para secarnos. Teníamos un pequeño colchón de hulespuma, amarillo y negro por la sangre y el sudor. Las condiciones higiénicas eran espantosas.

"Había un servicio médico y una enfermería, pero sólo eran para gente que había sufrido heridas en encuentros, o que había sido torturada en exceso, tanto así que estaban en peligro de muerte, cuando deseaban que continuaran con vida para poderlos seguir torturando. Se les llevaba a la enfermería, se les trataba bien, se les aplicaba suero, y luego eran vueltos a torturar. La enfermería estaba bien equipada y estaba al cuidado de otro prisionero.

"Todos nosotros tuvimos que pasar al principio por la 'cueva del león'. Se le daba ese nombre porque era el lugar que se usaba para 'domesticar' a los recién llegados. Se trataba de una especie de celda colectiva, donde había de 5 a 10 prisioneros acostados en el suelo, todos ellos en pésimas condiciones después de ser torturados.

"El 'teatro de operaciones' era la cámara de torturas. Este campo contaba con tres de ellos. El único mueble en el teatro de operaciones era la 'piscina' y una mesa metálica a la que se nos ataba para someternos a la tortura. El lugar era siniestro; apenas podía verse la pintura amarilla original de los muros, ya que estaban cubiertos de todo tipo de manchas y sangre. El olor de carne quemada de sangre, sudor y excremento, además del hecho de que no había ventilación, hacía el aire imposible de respirar".

Más adelante, los testigos describen cómo era el campo secreto conocido bajo el nombre de clave de Olimpo.

"Este campamento le debe su nombre irónico al mayor Minicucci. El Olimpo fue diseñado para campo de concentración con capacidad para 150 detenidos, y posee todas las características de un sistema que ahora se ha refinado más. Fue abierto a mediados de agosto de 1978 y las puertas de las celdas, además de otros accesorios,

provenían del 'Club Atlético'. Se localiza cerca de alguna dependencia oficial, cerca del cruce que forman Olivera y Ramón L. Falcón, al occidente de Buenos Aires. En el Olimpo actuaban las mismas fuerzas que en los campos anteriores. Los guardias internos y externos provenían de la Gendarmería Nacional.

"Los gendarmes poseían dos características principales: su ignorancia histórica, política e ideológica, y su brutalidad y sadismo. Un miembro de la gendarmería, primer alférez Pezra, conocido con el apodo de 'Quintana', los describía de la siguiente manera: 'Son estúpidos, ignorantes y hasta analfabetos. Pero cuando se les da el orden de castigar o de matar, no hacen preguntas. Simplemente ejecutan las órdenes'.

"Fue aquí donde presenciábamos uno de los hechos que ilustran con mayor claridad el tipo de personas que participaron en este tipo de represiones. En el corredor mismo que conduce a las salas de tortura, a lo largo de los cuales los reclusos habían pasado desnudos, y donde fueron golpeados inmediatamente después de su secuestro, instalaron una capillita. Esta gente tiene un cristianismo extraño, cuando disfrutaban de golpear a sus víctimas hasta hacerlas perder el sentido frente a la imagen de la Virgen María".